

muerte dándosele la denominacion de "Santa Guillotina." En todos los cementerios públicos veíase trazada la inscripcion de, "La muerte es un eterno sueño." En la iglesia de San Roque, el cómico Monort llevó la impiedad á su colmo. "¡Dios!" dijo; "si es verdad que existes, venga tu ultrajado nombre. Yo te desafío; pero callas, y no te atreves á fulminar tus rayos; ¿quien al ver esto, habrá de creer en tu existencia?" Por medios mas pausados, y en virtud de leyes generales, pone la Providencia en egecucion sus decretos. Debiase presentar mas tarde una prueba del poder divino, mas evidente aun de lo que lo habria sido el instantaneo castigo del blasfemo, y esta fué la de haberse destruido por sus propias manos el impio, y las consecuencias que produjeron las pasiones que por sí propio desencadenara; la de haber vuelto un pueblo rebelde por sus mismos pasos, á la fé de sus mayores, despues de haber palpado la imposibilidad de vivir sin observar sus mandamientos. [1]

Despues del trascurso de siete años, restablecióse por Napoleon el culto cristiano con general aprobacion de los pobladores de Francia. Empero el dilatado espacio de tiempo durante el cual habia dejado de estar en observancia, habia producido lamentables efectos; una gran parte de la juventud francesa que bajo el dominio de Napoleon ocupaba en el pais los puestos de mayor cuantía, habia sido educada sin haber re-

(1) Lac. X. 308, 309, 331. Toul IV, 124. Mig. II, 299.

cibido en sus primeros años impresion alguna religiosa. Este mal se resiente aun con sumo rigor en el dia; sus consecuencias son irremediabiles; ha hecho á los franceses por siempre incapaces de gozar de los beneficios de la independencia, porque ha estinguido en sus corazones los sentimientos del deber, que son los únicos principios que puedan hacer duradera la libertad en la parte juvenil é influente del pueblo.

Por aquel tiempo todas las relaciones sociales pusiéronse bajo un nuevo pié, adecuado á las estrayagantes ideas de la época. Erigióse al matrimonio en contrato civil, quedando libres los contrayentes de separarse cuando en voluntad les viniese. Desde luego se generalizó el divorcio; la disolucion de las costumbres llegó á un grado que jamás se viera desde el origen de la monarquía, y los vicios de las marquesas y condesas del reinado de Luis XV descendieron á las mugeres de los tenderos y de los artesanos de Paris. Llegó á hacerse materia de tanta indiferencia al concubinato, que por un decreto de la Convencion se declaró que los bastardos tendrian igual derecho á heredar, que los hijos legítimos. La Srta. Arnout, célebre actriz, espresaba con mucha esactitud los sentimientos públicos sobre el particular, cuando llamaba al matrimonio "*el sacramento del adulterio.*" Los divorcios que hubo en Paris en los primeros meses del año de 1793, llegaron al número de 562, al paso que solo hubo 1785 casamientos, proporcion que carece acaso de ejemplo en la his-

Disolucion general de costumbres llevada hasta el exceso.

toria de la especie humana. No tardaron las consecuencias en manifestarse. Antes de la era del Consulado, la mitad de los niños nacidos en Paris eran ilegítimos; y hoy mismo, apesar de la aparente reforma que desde la Restauracion se ha introducido en las costumbres, la corrupcion es estremada [1].

En virtud de un decreto de la Convencion, suprimieronse todas las academias, escuelas y colegios, hasta los de medicina y cirugía, y fueron confiscadas sus rentas. Mandáronse abrir nuevos establecimientos de instruccion bajo un plan ideado por Condorcet; pero las medidas que se dictaron para el efecto, no fueron bastante eficaces, y por espacio de algunos años, paralizóse el ramo de instruccion en toda la estension de la Francia. Solo un establecimiento, el de la escuela politécnica, se formó en aquella época luetuosa. Durante aquella tenebrosa era, toda la fuerza del entendimiento humano se fijó en las matemáticas, que por esta causa florecieron y tomaron un elevadísimo vuelo (2).

A consecuencia de la general miseria que se padecia, ni aun los establecimientos de caridad fueron respetados. Las rentas de los hospitales y demás instituciones de beneficencia, fueron confiscadas por los despotas á quienes el pueblo elevára al trono, y ven-

(1) Dupin, I, 79. Lac. X, 332, 333. Burke, VIII, 176.

(2) Lac. X, 321, 322.

áidas sus propiedades considerándoselas como partes de los bienes de la nacion. En breve se palparon los terribles efectos que debia producir el acto de agotar la estable fuente de donde estraia su subsistencia el desvalido; acercábase al pais la espantosa mendicidad á pasos precipitados; y en toda la estension de la Francia llegáronse á encontrar en tan extrema situacion los pobres, que prorrumpieron en vehementes quejas sobre este particular los pocos filántropos que aun seguia las huellas del carro revolucionario [1].

En seguida propusieronse los decenviros destruir á sus antiguos amigos y primitivos defensores de la Revolucion. Bailly, corregidor de Paris y presidente de la asamblea cuando se prestó el célebre juramento del juego de pelota, fué prendido y hecho comparecer ante el tribunal revolucionario. Sus profundas, elocuentes y científicas investigaciones, los eminentes servicios que á la causa de la libertad habia prestado, su ilustrada filántropia, de nada sirvieron para con sus sangrientos jueces. El recuerdo de lo ocurrido en el campo de Marte cuando enarbolará la bandera encarnada, y la firme oposicion que en combinacion con La Fayette hizo entonces á la frenética muchedumbre, se hallaba grabado en la memoria de sus perseguidores. Los testigos á quienes se citara declamaron contra él con una

(1) Rapport sur la Mendicité (Memorias sobre la Mendicidad), por Liancourt, II, 20. Lac. X, 333.

dureza inaudita. Condenósele á muerte y egercióse para con él, como de antemano lo esperara, una crueldad estrema. Eligiose para su egecucion el enunciado campo de Marte; una inmensa turba de rencorosos jacobinos, entre los que habia un número considerable de mugeres y de individuos á quienes libertara del hambre en la época de su corregimiento, se habian reunido á presenciar su muerte.

A pie, sin embargo del crudísimo tiempo que hacia, fué conducida la infortunada víctima por detras de la guillotina, durante las dos penosas horas que duró la marcha, desde el campo de Marte adonde primero se la llevó, hasta el lugar que se habia fijado para su ejecucion, que quedaba frente á Chaillot. En el tránsito cayó por tierra repetidas veces y á cada una de ellas que caía, prorumpia en silbidos y le arrojaba fango el concurso, y el presidente de la primera representacion nacional que se creara en Francia, recibió muchos golpes crueles de la plebe. En el campo de Marte quemóse, teniéndola suspendida sobre su cabeza, la bandera encarnada, emblema de la ley marcial que promulgara, y en seguida condújosele, siempre á pie, en medio de una copiosa nevada que caía, á las márgenes del rio que fué donde recibió la muerte. “¡Tiemblas, Bailly!” díjole uno de los espectadores. “Es verdad, amigo mio, pero es de frio,” contestó el anciano [1].

(1) Lac. X. 292. Th. X, 294, 396, 397. Toul IV, 130.

El elocuente Barnave, uno de los miembros mas virtuosos de la asamblea constituyente, fué, poco despues, sentenciado á muerte, á pesar de la defensa que en su favor él mismo hizo y en la cual campeaban una destreza y una elocuencia consumadas. En el mismo dia corrió igual suerte Duport Dutertre, ministro en otro tiempo de Luis XVI. Condorcet habia tomado la fuga desde que empezaron á formar sus primeras listas de proscripcion los vencedores el 10 de Junio; mantúvose oculto en Paris ocho meses, y empleó sus penosas horas de aislamiento en componer su célebre “Opúsculo sobre los progresos del entendimiento humano,” obra en que, al lado de una vasta sabiduría se encuentra una vehementemente elocuencia, y en la cual se enuncian con fuego las ilusorias esperanzas de un porvenir risueño en medio de las gravísimas circunstancias que presentaba aquel desastroso período. En testimonio de gratitud hácia la persona benéfica que le ocultaba, escribió un poema que servia como de desahogo á los sentimientos que alimentaba su partido durante aquellos tiempos de luto:

“Debiendo ser ú opresor ú oprimido,
He la desgracia al crimen preferido.”

Aterrado al ver las numerosas listas de los individuos que eran condenados á muerte por ocultar á los proscritos, manifestó á su generosa protectora que estaba resuelto á separarse

de ella. "No me es posible permanecer mas tiempo con vos, díjola; se me ha puesto *fuera de la ley*." "Pero no nos hemos puesto *fuera de la humanidad* nosotros;" contestósele. A pesar de esto emprendió su fuga disfrazado de labrador; pero en la aldea de Clarmant, lo fino de sus vestidos escitó sospechas en su posadera, quien le hizo prender y llevar á una cárcel, donde al dia siguiente se le encontró muerto por los efectos de un veneno activo que, como lo hicieron muchos otros en aquellos dias de terror, llevaba constantemente consigo [1].

El general Custine, que mandaba el ejército de Flandes en la época en que tomaron á Valenciennes los ingleses, fué denunciado por los agentes de la Convencion y hecho comparecer poco despues ante el tribunal revolucionario. En vano su nuera, á quien adornaban la hermosura y el talento, se presentó á su lado en el tribunal cuantas veces compareció, é hizo en su favor todos los posibles esfuerzos; en vano el general Baraguay d'Hilliers tuvo la generosa resolucion de defenderle por medio de sus conocimientos y esperiencia militares. Las gracias de que estaba dotada la jóven y la injusticia manifiesta de la acusacion, hicieron alguna impresion en los jueces, y hubo algunos que estuvieron por que se le absolviese; pero inmediatamente acriminóse al mismo tribunal revolucionario en el club de los jacobinos. "Sobremanera me affige, dijo Hebert en aquel gran foco de la revolucion, ver-

(1) Th. IX, 286, 287.

me en la necesidad de denunciar á una autoridad que ha sido la esperanza de los patriotas y que hasta este momento les ha merecido tanta confianza. Pero el tribunal revolucionario está á punto de absolver á un criminal en favor del cual las beldades de Paris están alborotando cielo y tierra. La hija de Custine, que es tan excelente actriz en la capital como fué hábil actor su padre á la cabeza del ejército, se apersona con todo el mundo para pedirle que abogue por éste." Robespierre hizo algunas observaciones picantes sobre el espíritu contencioso que se iba apoderando del tribunal, y acerca del apego que iba tomando á las fórmulas legales, y sostuvo con calor que era criminal Custine. Las consecuencias que dedujo, eran decisivas; declaróse, pues, culpable al acusado, y fué condenado á muerte en medio de los bulliciosos aplausos de los jacobinos y franciscanos de que el tribunal estaba lleno. Enviósele al cadalso, y aunque flaqueó por un momento, al fin murió con entereza. La turba se ofendió de ver que al ir al patíbulo le acompañase en el carro fatal, ausiliándole, un sacerdote. El general Houchard, segundo en mando y denunciante de Custine, no obstante los recientes triunfos que poco antes habia obtenido sobre los aliados en Hoondschoote, no tardó en correr igual suerte; y Braguay d'Hilliers, á quien reservaba elevados destinos el cielo, fué reducido á una prision de que logró salir á la caída de Robespierre. [1]

(1) Lac. XI, 296, 297. Th. V, 296, 297. Toul. IV, 62, 131. Th. X, 297.

El duque de Orleans, que fué el primer instigador de la revolucion y el mas interesado en ella, fué la siguiente víctima inmolada. Ya de antemano Robespierre, en el club de los jacobinos, habia pronunciado su sententencia; la asamblea, que antes habia sido su mercenaria aduladora, apoyó por unanimidad la proposicion de Robespierre. En vano alegó el duque en su favor que habia tomado parte en los desórdenes del 5 de Octubre, que habia prestado apoyo á la sedicion del 10 de Agosto y que el 17 de Enero habia votado contra el rey; condenósele con brevedad á muerte. Solo pidió una gracia, que se le concedió, y fué la de que se difiriese su decapitacion por el término de veinticuatro horas. En este intervalo mandé preparar un banquete servido con esquisito esmero, en el cual se regaló con extraordinario apetito; cuando se le conducia al patibulo tuvo fijos por algun tiempo sus ojos, con una sonrisa de satisfaccion, en el Palacio Real que habia sido el teatro de sus numerosas orgías. Detúvosele por mas de un cuarto de hora al frente del palacio por mandato de Robespierre, que, habiendole en vano pedido la mano de su hija, le habia ofrecido, que si se la concedia, escitaria un tumulto en el pueblo, que le salvase de la muerte. Pero el duque de Orleans, por muy depravado que fuese, conservaba aun demasiados sentimientos de honor para hacer tamaño sacrificio, y esperó la muerte, sin dar la señal por medio de la cual habia de indi-

Proceso y decapitacion del duque de Orleans.

car que cedia; visto esto dejósele proseguir su marcha al patibulo. Recibió la muerte con estoica entereza, siéndonos satisfactorio transmitir á la posteridad un rasgo de grandeza que atenua un tanto las manchas que imprimieron en su vida su criminal ambicion y su egoismo, y este fué el de haber preferido la muerte á sacrificar su hija al tirano. Jamas quedó mas á las claras demostrado cuan insensibles se llegan á hacer los hombres á la fama cuando se entregan al materialismo y á la impiedad, y cuanto tienden estos principios á degradar un carácter naturalmente noble. La muchedumbre aplaudió su muerte, y nadie hubo que levantase la voz en favor suyo aunque se componia su mayoria de aquellos mismos hombres que tantas veces se movieron á impulso de sus aduladores, y que habian debido á su prodigalidad su subsistencia. (1)

La muerte de Bailly, de Custine y del duque de Orleans, dejó esterminado el partido que queria que la monarquia constitucional se estableciese; de suerte que los fines con que se hiciera la revolucion al principio, quedaron frustrados, y destruidos los principales motores de ella, por medio de las pasiones que habian escitado en el pueblo. La destruccion de los girondinos hizo desaparecer toda esperanza de república, y la matanza, que se hizo de los que sostenian á la constitucion, ninguna tampoco dejó de que llega-

(1) Hist de la Conv. III, 180. Lac. IX, 289, 290. Toul. IV, 121, 122.

se á establecerse una monarquía limitada. El vaticinio de Vergniaud se iba acercando con celeridad á su cumplimiento; la revolución iba, como Saturno, devorando sucesivamente á todos sus hijos.

Sin embargo, quedaban todavía dos facciones que eran opuestas á los decenviros por los distintos principios que profesaban, y era indispensable su destruccion para que pudiesen estos conservar su autoridad despótica; estas facciones eran las que formaban los moderados, y los anarquistas. A la cabeza de los primeros hallábanse Danton y Camilo Desmoullins, y los últimos contaban con el apoyo de la poderosa municipalidad de Paris. [1]

Ya hemos dicho que ni Danton, ni su partido, tenia conocimiento del verdadero objeto que llevaba la sedicion del 31 de Mayo. Ayudaron al populacho en la lucha que contra la Convencion entablara, pero al hacerlo no tuvieron en manera alguna la intencion de establecer la Oligarquía, que merced á sus esfuerzos logró por fin autorizarse. Despues de la destruccion de la asamblea instó Robespierre á Danton á que se retirase al campo. “Una tempestad se levanta,” díjole; “no han olvidado los jacobinos que tuvisteis relaciones con Dumuoriez. Aborrecen nuestras contumbres; nuestra sensualidad y molicie estan en pugna con su energía. Retiraos por un momento; poned vuestra confianza en un amigo que estará en constante observacion de los

(1) Mfg. II, 300.

peligros que podais correr y que os hara saber el momento en que podais volver.” Siguió este consejo Danton dandose el parabien de poderse desprender de una faccion cuyos excesos le comenzaban á inspirar terror, y con su ausencia quedó totalmente escludido del gobierno dictatorial el partido que acaudillaba [1].

Los gefes que figuraban á la cabeza de este partido eran Danton, Phillippeaux, Camilo Desmoulin, Fabre d'Eglantine y Westermann, intrépido caudillo de la sedicion del 10 de Agosto. Los principios que profesaban, eran los de que no debia emplearse el terror sino para el establecimiento de la libertad, y que ésta no debia convertirse en medio de opresion por aquellos que la conquistaron; deseaban, sobre todo, que los republicanos fueran los que quedasen en absoluta posesion del campo de batalla, y que logrado que lo hubiesen, hiciesen un uso moderado de su triunfo. Obrando en consonancia con estos principios, reprobaron las violentas medidas que tomaron los dictadores cuando á consecuencia de lo acaecido el 31 de Mayo obtuvo el triunfo el populacho; desde entonces desearon humillar á los anarquistas del cabildo, disolver el tribunal revolucionario, poner en libertad á las personas que se hallaban encarceladas por sospechosas, y suprimir las despóticas juntas de que el gobierno se formaba [2].

El partido contrario, es decir, el del cabildo,

(1) Lac. Pr. Hist. II, 91, Mig. II, 301.

(2) Th. VI, 6, 7. Lac. Pr. Hist. II, 91, Mig. II, 301.

llevaba la ambicion y la vehemencia á grado mayor que los decemvros. Sus fuertes deseos eran los de establecer en vez de gobierno, una democracia local exagerada, y sustituir á la religion un completo materialismo. Llevaron sus principios como acontece ordinariamente en las contiendas democráticas, mas allá del límite que fijara la faccion dominante á los suyos, procurando de este modo suplantar á esta en el ánimo del populacho. El partido de que tratamos, habia observado con sumo disgusto la usurpacion que cometieran las juntas al posesionarse de todas las facultades del gobierno despues de la sedicion del 31 de Mayo, apropiandose de este modo todos los frutos de un triunfo que en gran parte debian á sus fuerzas. En crueldad, impureza y ateismo, superaba al gobierno dictatorial; en deseos de egercer un poder tiránico á nadie cedia, pero este poder habia de estar depositado esclusivamente en sus manos (1).

Estos dos partidos como ordinariamente acontece en tiempos de discordias civiles, acusabanse mutuamente de ser causa de las calamidades públicas. Los anarquistas echaban en cara continuamente á los moderados haberse vendido, y servir á las cortes estrangeras de agentes secretos. "Vosotros sí sois, contestaban los Dautonistas, verdaderos cómplices del estrangero; todo en vosotros propende á facilitarle el triunfo; tanto el language violento en que incesantemente os producis, quanto el designio que de

(1) Th. II, 298. Mig. II, 298. Toul. VI, 286.

consuno habeis concebido de desquisarlo todo en Francia. Ved á la magistratura cual se arroga una autoridad mayor que la del cuerpo legislativo; vedla reglamentar todos los ramos, la policia, la subsistencia pública y el culto; vedla sustituir una nueva religion á la antigua, reemplazar una supersticion con otra mas absurda todavía, predicar públicamente el ateismo y hacer que la imiten todos los cabildos de Francia. Contemplad como esas oficinas de guerra donde se engendran tantos opresores, difunden la desolacion por las provincias y por medio de su conducta atraen sobre la Revolucion el desprestigio. Observad al cabildo y á las juntas; ¿qué otra cosa se proponen hacer sino usurpar las facultades del poder egecutivo y del cuerpo legislativo, anular la Convencion y disolver el gobierno? ¿quién podria sugerir designios de ese género sino los enemigos exteriores de la Francia [1]?"

Camilo Desmoulins, en un célebre folleto que publicó intitulado "Le Vieux Cordelier," fingiendo describir la situacion de Roma bajo el dominio de sus emperadores, hizo una esatísima pintura de la horrible posicion de la Francia en aquel periodo de luto. "No habia cosa, decia, bajo aquel terrible gobierno, que no diese lugar á sospechas. ¿Gozaba de popularidad un ciudadano? Considerábasele como rival del dictador y capaz de crear disturbios. ¿Se alaja-

(1) Th. VI, 10, 11.

ba del trato y vivia retirado en su hogar? Hacía-
lo para mejor concertar en el retiro sus siniestros
designios. ¿Era rico? Esta circunstancia le
hacia mas peligroso por que por medio de sus
dádivas podia corromper á los ciudadanos. ¿Era
pobre? Tambien por esto era temible por que
no hay hombre mas nocivo que aquel que nada
tiene que perder. ¿Tenia un caracter reflexivo
y melancólico? Era por que meditaba sin cesar
en lo que denominaba las calamidades de su pa-
tria. ¿Era de genio alegre y disipado? Oculta-
ba como César su ambicion bajo el velo de los
placeres. ¿Era virtuoso y austero? Se habia eri-
gido en censor del gobierno. ¿Era filósofo, ora-
dor, poeta? En breve llegaria á atraerse mas
consideracion que aquella de que gozaban los
gefes del estado. ¿Habia adquirido celebridad
en la carrera de las armas? Los talentos solo
servian para hacerle aparecer mas formidable
y para que se juzgase que habia una necesidad
indispensable de destruirse para que su presti-
gio cesase. Llegó á ser suceso tan raro que fa-
lleciese de muerte natural un hombre ilustre,
que los historiadores creyeron deber transmitir-
lo á la posteridad de sus escritos. La muerte
de tantos rectos é ilustres ciudadanos parecia un
mal todavía menos grave que la insolencia y el
escandaloso influjo de sus delatores. Cada dia
veíase al delator entrar triunfante en el palacio
de la muerte y segar de entre las mieses que se
le presentaran las mas ópimas. Los tribunales
que en otros tiempos habian sido protectores de

vidas y haciendas, se habian vuelto órganos de
carnicería en un pais en que el latrocinio y el
homicidio se ocultaban bajo los nombres de se-
creto y castigo (1).” ¡Tal era la pintura que ha-
cia de los actos de un gobierno popular, el hom-
bre á quien se llamaba el primer apóstol de la
libertad! ¿Y podrá darse coincidencia mas nota-
ble que la que se observa entre el estado que
guardaba su pais, y la abyeccion en que se ha-
llaba Roma en tiempo de Neron y Calígula, épo-
ca que pinta con un pincel digno de Tácito?
¿quién habrá que en la descripcion del imperio
romano no reconozca desde luego á la Francia
tal cual se hallaba bajo el gobierno que impu-
siera á sus pobladores en los trasportes de su
entusiasmo democrático?

Danton y sus amigos hicieron los mayores es-
fuerzos para separar á Robespier-
re de la sanguinaria faccion de
acuerdo con la cual obraba, y á los
principios concibieron algunas es-
peranzas de buen éxito. En efecto, Robespierre
habia dado algunos pasos que tendian al estable-
cimiento de un gobierno mas moderado: en la
Convencion habíase opuesto sin embozo al pro-
ceso de los 73 representantes á quienes se habia
encarcelado por haber protestado contra la pri-
sion de los girondinos. Habia desaprobado las
medidas exageradas que tomaran Hebert y el
cabildo, é hizo á la Convencion acordar un de-

(1) Vieux Cordelier. Rev. Mem. XLII, p. 50, 51, 53.